

## **El Senegal: un socialismo a prueba de las realidades africanas**

### **UN COLOQUIO EN DAKAR**

#### **Negritud y América Latina o el elogio del mestizaje**

ALGUNOS jóvenes negros enfadados, no porque sean negros sino porque sienten que su genio original se diluye en el modelo cultural europeo, proclaman su «négritude» (negritud): estamos a principios de los años 30, poco después de la exposición colonial de Vincennes, punto culminante del triunfalismo colonial. Fue un gesto de ruptura y de salud, de liberación en la diferencia. Cuarenta años más tarde, el más célebre de todos ellos, Léopold Sédar Senghor, que se había convertido en jefe de Estado y seguía siendo poeta, presentaba al mundo la «négritude» como un humanismo, como un componente esencial de una inmensa síntesis de civilizaciones y culturas, como un factor de conciliación. Inicialmente arma de ruptura, la «négritude» se ha convertido en sinónimo de convergencia. A falta de una redefinición que tenga en cuenta este cambio fundamental, se trata sin duda de un concepto incómodo de manejar.

#### **“Todos somos blancos y negros”**

Y, sin embargo, eso es lo que hicieron en Dakar, del 7 al 16 de enero, algunas decenas de sociólogos, antropólogos, poetas, historiadores y diplomáticos, invitados por el presidente Senghor y Charles Durand, director del Instituto de Estudios Afroamericanos de Senegal, para intentar encontrar en América del Sur la corriente que en su día definieron con tanto ardor y brío Senghor, Césaire, Damas y sus amigos. Curiosamente, se prestó poca atención a si el concepto en el centro de los debates era la «négritude de rupture» (la negritud de ruptura) de 1930 o la «négritude de conciliation» (la negritud de conciliación) de 1974, aunque los esfuerzos realizados por algunos para proteger la obra de cualquier intrusión política mostraban claramente una tendencia a dar prioridad a la segunda sobre la primera.

El tercer día de la conferencia, el sociólogo brasileño Ribeiro estalló de indignación: ¡se había dado a los debates un tufillo político, o incluso ideológico! noble indignación... Como si los debates basados en una frase acuñada en el corazón del debate colonial por un hombre que llegó a jefe de Estado, y utilizada de nuevo en relación con el estudio de la condición y la presencia cultural de los negros en Sudamérica, no pudieran ser políticos, ¡en el sentido más pleno y dramático de la palabra! El compatriota del Sr. Ribeiro, Clovis Moura (que, por cierto, quedó fuera de la delegación oficial de Brasilia, en la que, como por casualidad, no había ningún negro), lo señaló.

¿Fue porque habían previsto este intento de despolitizar el debate por lo que los intelectuales cubanos declinaron la invitación de los organizadores? ¿O porque el propio concepto de «négritude» choca o desconcierta al marxismo? En un discurso pronunciado hace cuatro años, Fidel Castro exclamó en La Habana “aquí no hay blanco ni negro. Todos somos blancos y negros» (El leitmotiv «Todos somos judío-alemanes» de mayo de 1968). Fundada o no, esta sepultura radical de los datos étnicos en la dialéctica social privó a la conferencia de contribuciones insustituibles como las de Nicolás Guillen o el haitiano René Depestre. Pero no se olvidó de Cuba: Charles Durand habló calurosamente de la figura y el papel de José Martí, patriota cubano y amigo de los negros.

## Cinco jornadas de diálogos

¿Han aportado estos cinco días de diálogos animados, a menudo apasionados, presididos en ocasiones por Miguel Ángel Asturias, mucha información nueva sobre la contribución de la cultura africana a la historia y la civilización de América Latina? Para los que no somos especialistas en estos temas, hubo verdaderas revelaciones, subrayadas por la participación de algunas personalidades particularmente vigorosas, sabrosas y combativas. Desde el poeta peruano Nicomedes Santa Cruz hasta el novelista colombiano Manuel Zapata y el sociólogo brasileño Clovis Moura, hubo voluntad de alejarse de los sabios modelos académicos y entrar de lleno en un debate que expresaba la vida misma, sus contradicciones y sus emociones: ¿de qué otra forma podemos hablar del mundo negro y su proyección en una América Latina?

De la presencia negra en Sudamérica conocemos, por supuesto, las maravillas de la poesía caribeña, de Guillén a Césaire, y los ritos del "candomblé" de Bahía, gracias a los estudios de Carneiro y Verger. Pero, ¿qué sabemos del papel político y militar desempeñado por los africanos a lo largo de tres siglos de historia, desde que los reyes católicos prohibieron la esclavitud india y los explotadores europeos en busca de mano de obra organizaron la deportación masiva de pueblos enteros -yoruba, mandingo, bantú?

Las notables ponencias de Fernando Mourao, Manuel Zapata y Germán Arciniegas pusieron de relieve la «négritude de rupture» en suelo americano y la doble actividad histórica de los esclavos africanos deportados: como competidores o adversarios de los indígenas y "colaboradores" de los españoles, por un lado; por otro, como rebeldes y libertadores, precursores de la emancipación tanto de los criollos americanos como de sus hermanos africanos. Del aspecto negativo de esta historia, Charles Minguet, profesor de la Universidad de Nanterre, supo identificar muy bien los motivos. Los esclavos fugados, los "cimarrones", sólo podían sobrevivir saqueando, allanando moradas, saqueando. Pronto formaron grupos que se oponían a los agricultores nativos, arrebatándoles sus tierras o pidiéndoles rescate; de ahí los conflictos avivados y explotados por el colonizador. En otra fase, durante la revuelta de los "caudillos" criollos, si vimos a los negros unir fuerzas con los españoles, fue por razones de clase: se aliarían con cualquiera en contra de sus amos.

Por eso Bolívar, tras refugiarse con el negro Pétion en el Caribe, se decidió por la emancipación, lo que le valió el apoyo política y militarmente decisivo de los negros.

Anteriormente, los esclavos africanos habían roto el cascarón de la colonización ibérica al fundar en la región de Cartagena de Indias lo que el historiador español Roberto Arrarola, en un libro reciente, llamó "el primer pueblo libre de América". Antes de Washington y Bolívar, antes de Toussaint Louverture y San Martín en el siglo XVII, un pueblo de esclavos había construido esta "República de Palenqué" cuya independencia fue implícitamente reconocida por el rey Carlos en 1694. Citando una serie de documentos sorprendentes, Germán Arciniegas dijo en la conferencia que los hombres de Palenqué, antes que los de Saint-Domingue, fueron los precursores de la emancipación africana. Así pues, la «négritude» política, concluía, no tenía su origen en África, sino en América.

### "Tambor africano y guitarra española"

Retomando el mismo argumento de un modo más lírico y emocional, Manuel Zapata se negó sin embargo a ceder al "negrismo" del combate. Él mismo es mestizo, indio y negro, y se niega a aceptar cualquier enfoque reduccionista. Denunciando elocuentemente, como su colega Santa Cruz, la "pigmentocracia", se mostró aún más libre para reivindicar

la herencia hispana y latina: "el tambor africano, lo escucho a través de la guitarra española".

Y así, como había anunciado elocuentemente Léopold Senghor en su discurso inaugural, esta sabrosa confrontación llegó a su fin: en un homenaje al mestizaje de civilizaciones. Podemos suponer que éste será también el tema de las investigaciones a las que se dedicará la «asociación de estudios afrolatinoamericanos», fundada al término del simposio de Dakar. Podemos desear que la nueva organización no se deje absorber por el pasado, por fascinante que sea, y que dirija su atención al movimiento actual de este pueblo africano de América, que no es sólo un precursor, sino que tiende, evidentemente, a recuperar sus responsabilidades como actor de la historia en movimiento.

JEAN LACOUTURE